

R.L.S.

R.L. STEVENSON

De vuelta del mar y otros poemas*

por Javier Marías**

La faceta poética de Robert Louis Stevenson ha quedado un tanto eclipsada por el éxito de sus novelas de aventuras. En cualquier caso, tampoco alcanza ésta la ejemplaridad y la trascendencia literaria de aquéllas. A lo largo de su vida, Stevenson escribió poesía con una enorme facilidad, llegando a publicar

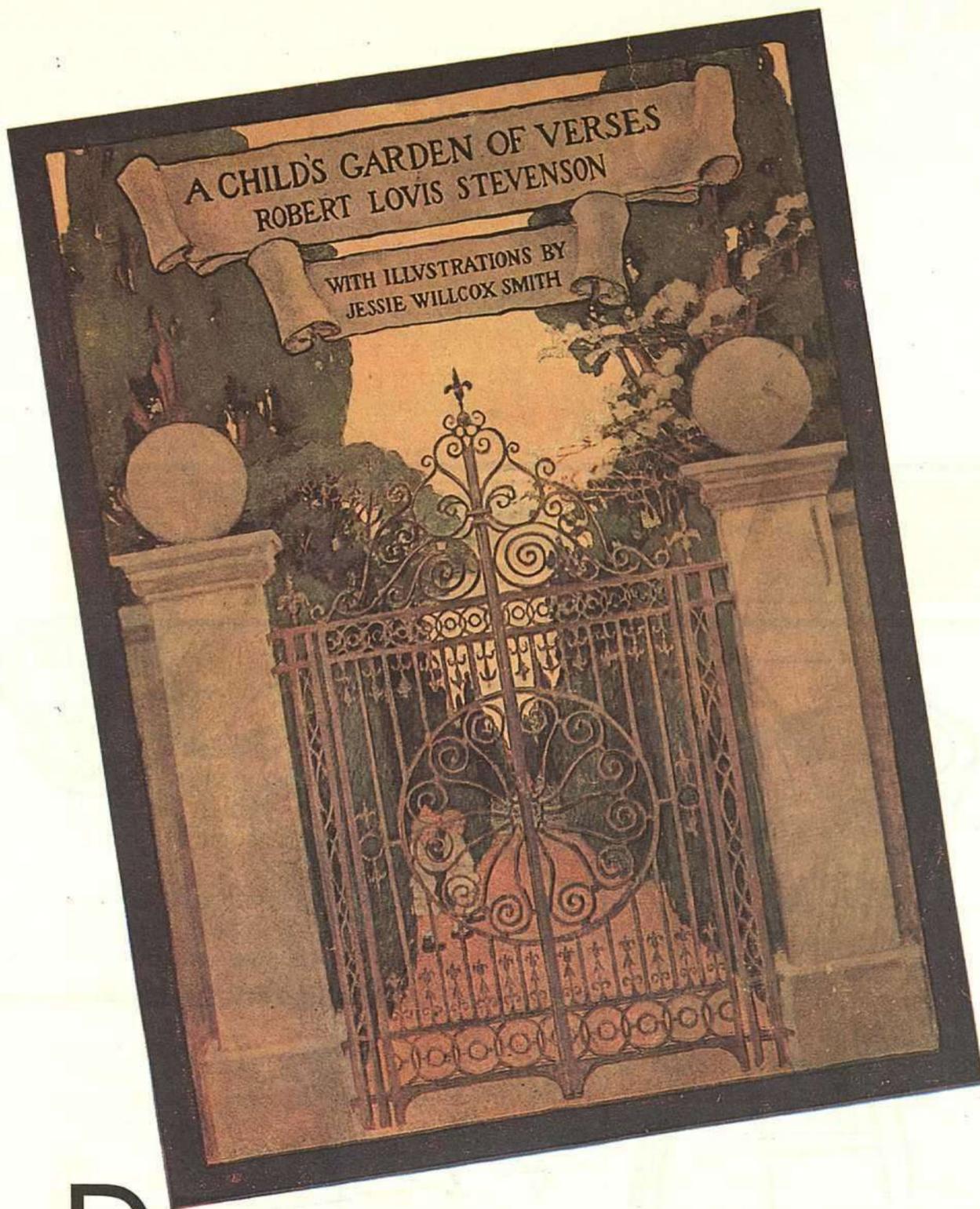


un total de seis libros. A continuación les ofrecemos una introducción a la poesía de Stevenson y una breve selección de sus poemas. Ambas proceden del libro De vuelta del mar (Hiperión, Madrid, 1980), prologado y traducido por el escritor Javier Marías, profundo conocedor de la obra stevensoniana.

JESSY WILLCOX SMITH, A CHILD'S GARDEN OF VERSES,
SCRIBNER, NUEVA YORK, 1905.

34

CLIJ33



Robert Louis Stevenson sólo publicó cuatro libros de poesía en vida, y uno de ellos (*Moral Emblems*, 1880) en forma de panfleto y con una tirada de noventa ejemplares, que su hijastro Lloyd Osbourne, de doce años a la sazón, se divertía vendiendo a las amistades por seis peniques. Luego aparecieron las famosas rimas infantiles *A Child's Garden of Verses* (1885), *Underwoods* (1887), dividido en dos libros —con poemas en inglés y en escocés, respectivamente—, y las *Ballads* (1890). Sin embargo, Stevenson había escrito poesía con enorme facilidad a lo largo de toda su vida, y así, no sólo se publicó un año después de su muerte *Songs of Travel and Other Verses* (1895), que él había dejado ya preparado —deseaba, de hecho, que se añadiera como libro tercero a *Underwoods*—, sino que en 1918 vio la luz el volumen titulado *New Poems and Variant Readings*, que contenía nada menos que 147 poesías. Y aún se han seguido descu-

briendo y exhumando nuevos títulos con posterioridad, como es el caso de *To My Wife*, incluido en la presente selección.

Para llevarla a cabo, en consecuencia, ha habido que hurgar entre aproximadamente 350 poemas. En toda selección no hay más criterio que el personal, que es no sólo difícil, sino también inútil explicar. No obstante, hay algunas razones que servirán para dar cuenta al lector de lo que se le ofrece y de lo que se le priva.

Los 66 poemas que conforman este volumen pertenecen a sólo tres de los libros mencionados más arriba, a mi modo de ver los de mayor calidad y asimismo (cosa no menos importante) los que con más garantías admiten la traducción. Pues los graciosos poemitas infantiles de *Moral Emblems* y *A Child's Garden of Verses* dependen en tan abrumadora medida del metro y la rima, y sobre todo de la propia lengua que los posibilita —más flexible y ahorrativa, menos ñoña y discursiva que la nuestra en

ocasiones—, que en verdad su versión castellana resultaría enormemente empalagosa, por no decir que abiertamente estomagante. En cuanto a las *Ballads*, son éstos largos poemas narrativos sobre leyendas de Escocia y los mares del Sur que, amén de ser torpones y farragosos, sólo nos recuerdan su condición poética mediante las últimas palabras rimadas de sus larguísimos versos. En español resultarían prosa pura, y no de la mejor de Stevenson precisamente.

Así, la selección se ha realizado a partir de *Underwoods*, *New Poems* (donde se encuentran algunas de las joyas del tesoro de más modesto aspecto y empero más valiosas) y *Songs of Travel* (como conjunto, sin duda la más acabada y tensa obra poética de Stevenson). Mas tras esta purga hay todavía dos víctimas con nombre propio: los poemas en escocés de *Underwoods* y las numerosas piezas «zumbonas» o escritas en tono de guasa que se hallan dispersas por los tres libros. En lo referente a los primeros, ese áspero dialecto del inglés, que en literatura tiene sus más altas cotas en autores tan mediocres como Burns, Scott y Hogg, es idioma tan rudo, sonoro y conmovedor (lo cual no quiere decir que no pueda resultar agradable o pintoresco) que en cualquiera de sus manifestaciones parece estar pidiendo a gritos un arreglo musical de Beethoven o Haydn; o, a falta de dichos compositores, que ya hicieron bastante por las canciones del pueblo escocés, un grupo de voces (cuanto más nutrido y borracho, mejor) que le preste a la vez sentimentalismo y virilidad, cosas ambas que tan magníficamente le sientan. Tras lo expuesto se comprenderá sin dificultad que tan sólo haya traducido uno de los poemas escoceses de Stevenson (*The Auldest Friend's*) y que no haya tenido más remedio que rimarlo para transmitir, siquiera levemente, su rotundidad: mucho me temo que el español sea, después del italiano, la lengua menos indicada para reproducir

las virtudes y excelencias, palmadas en los hombros y gaitas, efusiones y tambores, lágrimas, despedidas y ritmos marciales de ese encantador dialecto. Por si todo esto no bastara para justificar mi decisión, diré que los poemas dejan en sí bastante que desear.

En cuanto a los segundos, los poemas «en broma», en verdad abundantes, se puede afirmar que les sucede lo mismo que a los *komische Ländler* de Schubert: tanto el espíritu de éste como el de Stevenson estaban tan próximos a la muerte, de hecho tan familiarizados con ella, que cuando pretendían resultar «cómicos» a lo más que alcanzaban era a una gracia desmañada y rígida que, a mitad de camino entre lo entrañable y lo patético, quedaba reducida tan sólo a un deformado reflejo de sus respectivos genios obtenido en un día aciago. Sólo *Ne sit ancillae tibi amor pudor* se ha salvado, pues, de esta quema.

Nada puedo decir del resto. Creo sinceramente que lo escogido en este libro es lo mejor de la producción poética de Robert Louis Stevenson. Pero eso el lector podrá juzgarlo por sí mismo. No deseo convertir esta *nota* en una de las cosas que juzgo más inútiles de cuantas se han inventado, a saber, un *prólogo*: el lector estulto o malintencionado nunca tiene remedio, por mucho que se le prevenga y se le brinden perspectivas ajenas; el lector inteligente o bien dispuesto siempre sabe apreciar lo que de apreciable haya en una obra, sin necesidad de que antes se le avise o el vanidoso de turno se lo señale.

Unas palabras, sin embargo, sobre ciertos aspectos de la traducción: en los poemas de más altos vuelos he sido, si no literal, sí muy fiel, y he confiado más en mi posible capacidad para reproducir en castellano un *ritmo equivalente* al del original (es decir, para reconocer cada poema en su versión española como «empero el mismo») que en ninguna otra cosa. Por el contrario, en los poemas más ligeros y musicales, en aquellos que



J. WILCOX SMITH, A CHILD'S GARDEN OF VERSES, SCRIBNER, NUEVA YORK, 1905.

tienen como elemento fundamental el verso medido y rimado, en los que se pueden cantar, me he permitido leves licencias para mantener el metro elegido en cada caso. A veces se verá, quizá, alguna medida heterodoxa o poco frecuente en castellano, pero eso tiene una explicación sencilla: prefiero traicionar unas reglas, que traicionar un espíritu, y en ocasiones se me ha planteado tal dilema.

Las ediciones empleadas para esta selección han sido las siguientes: *Poems* (Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1895, de la primera edición de obras completas en 26 vols.), *Poems Including Underwoods, Ballads, Songs of Travel* (Chatto and Windus, Londres, 1917), *New Poems and Variant Readings* (Chatto and Windus, Londres, 1918) y *Home from Sea, Poems for Young Readers*, selec-

ción e introducción de Ivor Brown (The Bodley Head, Londres, 1970), antología con la que coincidimos en la elección del título.

Por último, deseo hacer constar que la versión del famoso poema *Réquiem*, con el que se abre este volumen, no es más que la mezcla y pulimento de otras dos ya existentes con anterioridad, una impresa y otra oral: la que publicó doña Josefina Ossorio en la Argentina en 1947 y la que, más recientemente, le oí recitar a don Álvaro Pombo durante un paseo nocturno mientras conversábamos sobre epitafios. ■

* Javier Marías es escritor.

** Este artículo está extraído del volumen *De vuelta del mar* (Hiperión, Madrid, 1980) que recoge una selección de poemas de R. L. Stevenson preparada y traducida por Javier Marías.

Poemas

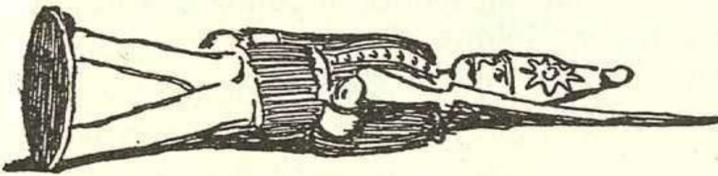
«Réquiem», «No abandones aún, alma mía» y «Los más viejos amigos» pertenecen al libro *Monte abajo* (Underwoods, 1987). «Mi corazón», «Yo no temo», «Dedicatoria», «Adiós», «A mi mujer» y «Cavad bien hondo y dejadme yacer», pertenecen al libro *Nuevos Poemas* (New Poems, 1918). «El vagabudo» pertenece al libro *Canciones de viaje* (Songs of Travel, 1895).

Réquiem

Bajo el inmenso y estrellado cielo,
cavad mi fosa y dejadme yacer.
Alegre he vivido y alegre muero,
pero al caer quiero haceros un ruego.

Que pongáis sobre mi tumba este verso:
Aquí yace donde quiso yacer;
de vuelta del mar está el marinero,
de vuelta del monte está el cazador.

Réquiem: Reza la totalidad de este poema, en letras de bronce, sobre la tumba de Stevenson en la cima del Monte Vaca, en Samoa, donde yace enterrado a una altura de 4.000 metros.



Dedicatoria

Mi regalo primero y último,
te dedico este haz de canciones...
Otra riqueza no tengo:
tal como son, para ti.

Digo la verdad serenamente, y digo
que antes haría brillar tus ojos claros,
y te oiría a ti elogiar
estas canciones que llenan mi pecho,

antes que el entero mundo, unánime,
en un coro de incesante aplauso
vertiera sobre mí y lo mío
homenaje maduro de alabanza.

Pongo aquí punto final contra mi amor,
esto es su tumba y también su epitafio.
Aquí el camino se bifurca, y yo
voy por mi lado, bien lejos del tuyo.

No abandones aún, alma mía

No abandones aún, alma mía, estos campos amigos,
donde con la hierba, y los ríos, y la brisa,
y la tersa faz del día, tuviste tus devaneos;
donde por vez primera oíste cantar a las extasiadas aves;
donde tú y el amor hicisteis aquel duradero trato.
Navega el barco ya esquifado, y desde la costa eterna
oyes voces etéreas; mas aún no te vayas,
alma mía, no tan pronto, aún no te vayas.

La libertad está lejos, también el reposo. Estás con la vida
demasiado entretejida, nervio a nervio entrelazada;
el servicio anhelando aún servicio, el amor amor,
el amor amor querido, todavía suplicante en llanto.
¡Ay, aún no ha terminado tu tarea humana!
Se forja un vínculo al nacer; e inmortal permanece
una deuda con la mortalidad. Y crece...
crece por reverberación extensa, incesante crecimiento;
dádiva sobre dádiva, limosna sobre limosna, acumuladas,
del hombre, de Dios, de la naturaleza, hasta que el alma
se queda asombrada de tan inmensa indulgencia.

No dejes, alma mía, sin luchar el campo, ni dejes
sin saldar tus deudas, ni tu puesto desierto
sin haber prestado el debido servicio. Por tu vida,
arriba, espíritu, y defiende ese fuerte de arcilla,
tu cuerpo, ahora asediado; aunque vaya a caer
después o antes; tanto si tus amigos hoy mismo
te lloran muerto, cuanto si es dentro de años, como a hombre
con honra llegado a viejo y de la paz amigo.
Combate, alma mía, por las horas y los instantes;
cada uno está preñado de servicio; cada uno rescatado
es como un reino conquistado donde merece reinarse.

Como cuando un capitán reagrupa para la contienda
a sus legiones dispersas, y hace a la derrota retroceder,
y acampa al raso, satisfecho el ánimo.
Y sin embargo la fortuna lo alcanzará sin duda,
lo abatirá en su momento y hará jirones de sus enseñas;
y aquella querida tierra, a salvo hoy, caerá mañana.
Mas él, sin pensar en ello, hoy se deleita tan sólo
en el bien presente, y todos los campamentos están de fiesta.

Cavad bien hondo y dejadme yacer

Ahora que la cuenta de mis años
ya se ha cumplido, y yo
la vida sedentaria
dejo para morir,

cavad bien hondo y dejadme yacer
bajo el inmenso y estrellado cielo.
Alegre en vida, fui alegre al morir,
cavad bien hondo y dejadme yacer.

Clara fue mi alma, libres mis actos,
Honor era mi nombre,
no huí nunca ante el miedo
ni perseguí la fama.

Cavad bien hondo y dejadme yacer
bajo el inmenso y estrellado cielo.
Alegre en vida, fui alegre al morir,
cavad bien hondo y dejadme yacer.

Cavad bien hondo en algún valle verde
donde la brisa suave
sople fresca en el río
y en los árboles cante...

Cavad bien hondo y dejadme yacer
bajo el inmenso y estrellado cielo.
Alegre en vida, fui alegre al morir,
cavad bien hondo y dejadme yacer.

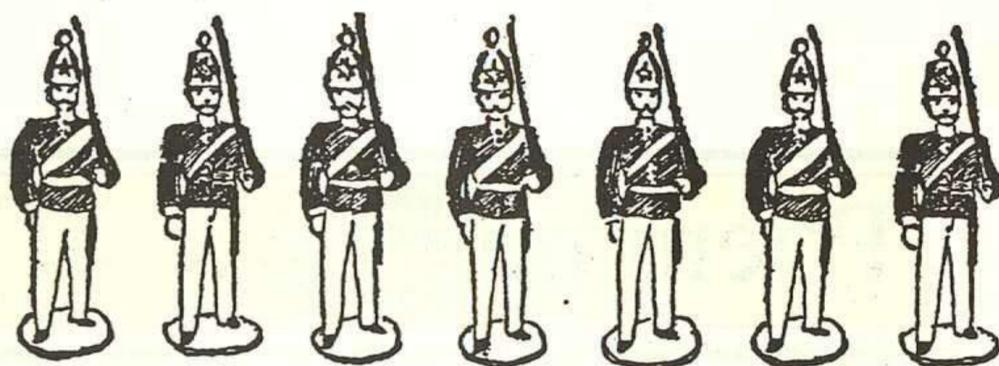
*Cavad bien hondo y dejadme yacer: Este poema es sin
duda alguna una variante del titulado Réquiem.*

Los más viejos amigos

Para viejos y jóvenes es un hecho sabido,
y además no admite mentís ni vuelta,
que son los más queridos los más viejos amigos
y están los jóvenes tan sólo a prueba.

De viejos y de jóvenes existe un rival fiero,
y es justamente quien se me ha llevado;
pues son los más seguros los amigos más viejos,
y casi todos me han ya abandonado.

Hay aún corazones buenos, para que amigos
los llenen, o los rompan mentecatos;
pero son los más íntimos los más viejos amigos,
y es en la tumba donde hay que buscarlos.



J. WILLCOX SMITH.

Mi corazón

Mi corazón se embebe cuando por vez primera
canta el mirlo: se embebe con su canto.
Un placer fresco inunda y atraviesa mi pecho
y hace que se distienda cada nervio.

Se arremolina el pecho, lenta, calladamente,
mi corazón despierta y está fresco,
como cuando una zarza que han movido los vientos
hace rodar un piedra hasta un charco.

Pero cuando contigo me encuentro, al contemplarte,
mis latidos se hacen rápidos, densos,
como cuando vesánico el lago se ennegrece
y rizan fuertes ráfagas sus aguas.

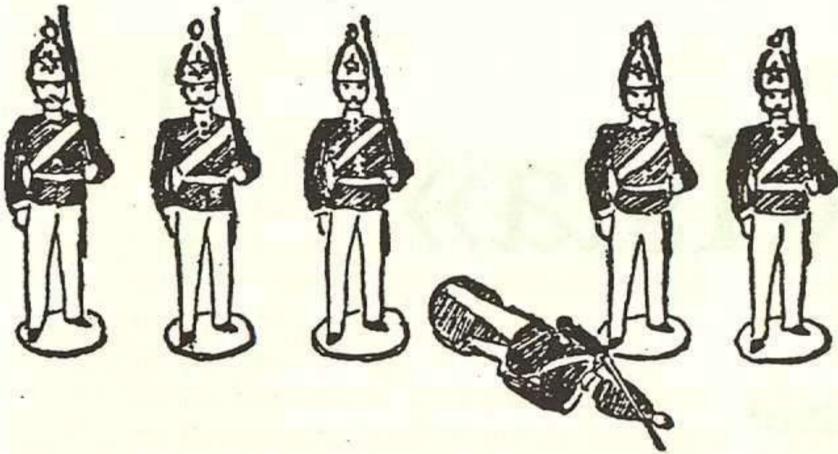
A mi mujer

Vi lluvia caer y dibujado el arcoiris
sobre Lammermuir. Presté atención y volví a oír
cómo el repique de campanas de mi ciudad escarpada
ahogaba el viento cortante del mar. Y aquí, muy lejos,
inmerso en mi raza y en mi tierra natal, escribía yo.

Toma tú el escribir: tuyo es. Pues ¿quién
bruñó la espada y avivó el soñoliento carbón,
puso el blando aún más alto, pródiga en censuras
y en elogios parca?... ¿Quién sino tú?
Así que ahora, al final, si de bueno hay algo en esto,
si algún logro hay conseguido, si algún fuego
arde en la imperfecta página, para ti sea el honor.

A mi mujer: Este poema es sin duda uno de los últimos de Stevenson. Fue hallado en el manuscrito de su novela inacabada Weir of Hermiston, que estaba escribiendo cuando le llegó la muerte en 1894. Dicha novela es de tema escocés. Es sabido que la mujer de Louis, Fanny Van de Grift Osbourne, después Stevenson (1840-1914), era una crítica tan severa de sus escritos que le impulsó a quemar el primer manuscrito de El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Verso 2. Lammermuir es una famosa cordillera del sudeste de Escocia.



El vagabundo

(para una melodía de Schubert)

Dadme la vida que amo,
que el resto pase a mi lado,
dadme el cielo jovial en lo alto
y a mi vera el camino apartado.
Lecho en el arbusto bajo las estrellas,
pan para mojar en las aguas del río...
es la vida que quiero llevar,
he ahí para siempre la vida.

Cáigame el rayo después o antes,
que lo que haya de alcanzarme alcance;
dadme el rostro de la tierra en torno
y ante mí la carretera.
Ni riqueza ni esperanza busco,
o amor o amigo que me conozca;
tan sólo el cielo en lo alto busco
y bajo mis pies la senda.

Sobre mí decaiga el año
donde me haya demorado,
cuando acalla a las aves del árbol,
muerde mis dedos amoratados.
Blanco como harina el escarchado campo;
cálido el refugio junto a luz de lumbre...
No me rendiré al otoño, no,
¡tampoco me rendiré al invierno!

Cáigame el rayo después o antes,
que lo que haya de alcanzarme alcance;
dadme el rostro de la tierra en torno
y ante mí la carretera.
Ni riqueza ni esperanza pido,
o amor o amigo que me conozca;
tan sólo el cielo en lo alto pido
y bajo mis pies la senda.

El vagabundo: Por el tema de este poema, no cabe duda de que la melodía de Schubert en que pensara Stevenson al escribirlo tenía por fuerza que pertenecer al famoso ciclo de canciones *Winterreise* (*Viaje de invierno*).

Yo no temo

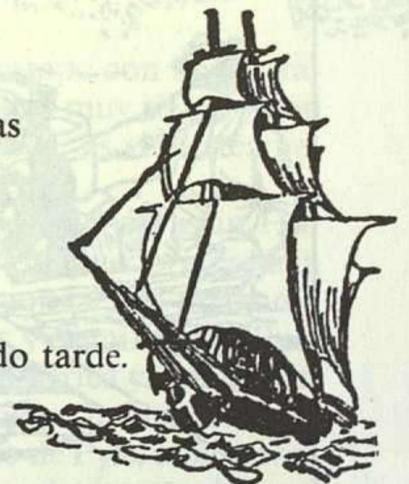
Yo no temo admitir mi parentesco
con las alegres tierras donde nacen las flores;
o con mis hermanos, los grandes árboles,
que se hablan en la brisa con agradables voces
y conversan con los vientos que pasan;
o con mi hermana, la profunda hierba.

De tal materia soy, de tal mi cuerpo,
que vibra por llegar a sus labios, besarlos.
Que da y recibe y siente con viento y sol y lluvia
placer tan fuerte que al dolor se acerca.
De tal materia asimismo son ellos,
la hermandad de los enérgicos árboles,
la humilde dinastía de las flores,
que convierten en luz cenadores umbríos
o estrellan los bordes de la pendiente;
suave color reciben, y dan, y dulce aroma;
y gozan desplegándose por extensiones grandes;
y el árbol, la flor, el suelo y la hierba
se estremecen y saltan, viven, cantan
en la estación vernal con silenciosas voces.

Por eso no temo rendir mi aliento,
ya que nada cambia al llegar la muerte;
pues estaré tal vez en algún grato valle,
tierra junto a tierra, o árbol con árbol,
de aquí hasta eternidades con la que amo este instante;
y sentiré alegría al compartir
con ella el sol y la lluvia y el aire,
al gozar de su vecindad tranquila
como tan sólo pueden, de entre todas las cosas,
la tierra, el árbol, la flor estrellada,
las cosas mudas del campo y el bosque.

Adiós

Adiós, y cuando yo hacia adelante
por las Puertas Doradas hacia islas Doradas
sin sonreír avance, por el mar de sonrisas,
isla tras isla, en los mares del Sur,
isla tras isla, mar tras mar,
¿por qué navegar, por qué la brisa?
He sido joven, y he tenido amigos.
Despliego una vela sin esperanza, demasiado tarde.
¿Por qué navegar de isla en isla,
marino sin esperanza?



Adiós: Por la referencia a las Puertas Doradas, es de suponer que Stevenson escribió este borrador de poema al poco de abandonar San Francisco (*Golden Gate* es el nombre del estrecho que enlaza la ciudad con el Pacífico) en 1888, en un crucero rumbo a los mares del Sur del que ya jamás regresaría.